

V. Blasco Ibáñez
Destroyers... de mala sombra
(*El Pueblo*, 5-7-1898)

Anteayer se cubrió de gloria nuestro ejército de tierra con la heroica y desesperada defensa de Santiago. Ayer nuestra marina, rivalizando con aquel arrojó, realizó otro acto gloriosísimo, que en honor a la verdad no puede ni remotamente calificarse de victoria, pero que resulta sumamente honroso y digno del valor español.

Ante la superioridad numérica del enemigo, ante la brutalidad aplastante de la fuerza, saber huir y burlar al enemigo es empresa que solo pueden realizar pechos esforzados, y merece los mayores elogios.

Como españoles sentimos gran satisfacción ante ese desesperado arranque de nuestros marinos. Cerrados en un puerto, estaban destinados a sucumbir; pero antes que volar sus buques o ver ondear sobre ellos la bandera enemiga como suprema vergüenza, han preferido la temeraria resolución de morir abriéndose paso, y el éxito ha coronado sus esfuerzos.

Se ha salvado por ahora la escuadra. Pero este suceso tiene una significación que inspira serios cuidados.

Esa escuadra ha salido de la bahía de Santiago huyendo de un peligro más terrible que el que presentaba la flota enemiga cerrando el camino de alta mar. Ha preferido correr los azares de un combate naval en visible inferioridad numérica, antes que esperar dentro del puerto otro peligro más terrible.

Quisiéramos engañarnos; pero para nosotros esa salida inesperada de Cervera solo tiene una explicación. Viendo próxima la toma de Santiago ha preferido huir matando o muriendo antes que permanecer encerrado e inactivo, viendo próximo el momento en que los enemigos podían apoderarse de sus barcos u obligarle a que los volara.

La retirada de Cervera significa que está muy próxima la rendición de Santiago, a pesar del heroísmo de sus defensores, pues también hay un límite para el valor más inmenso.

Únicamente fundándose en la necesidad de salvar los barcos y el honor marítimo de España próximo a perecer, se justifica que Cervera haya salido sacrificando dos de sus buques y las vidas de más de 150 marinos que iban a bordo de ellos.

¡Triste papel han desempeñado en esta guerra los *destroyers*! Estas modernísimas máquinas de guerra, en las que tantas esperanzas se cifraban, han hecho fiasco. Hasta se llegó a decir que los *yankees*, a pesar de su marina superiorísima, nos tenían miedo por nuestros seis *destroyers*.

Y esas seis joyas marítimas nos han resultado más inútiles que si fuesen barcas de pesca. Por las dificultades de su navegación y aprovisionamiento llegó tarde a las Antillas la escuadra de Cervera y tuvo que refugiarse en Santiago.

Los tres *destroyers* que se enviaron con el *Pelayo* y el *Carlos V* a Filipinas están ahora de regreso a España, pues no pueden navegar por el mar de las Indias, ni sirven más que para guardar las costas del Mediterráneo. Y de los otros tres que fueron a las Antillas, uno está en Puerto Rico casi inservible, y los otros dos, a pesar de su portentosa marcha, han sido echados a pique por los cañones *yankees*.

Se comprende este fracaso.

Hay hombres fatales que allí donde ponen la mano surge la desgracia para los que les rodean.

Esos *destroyers* tienen *mala sombra*, los adquirió Cánovas que mostraba gran empeño en proteger á la casa inventora y constructora de tales embarcaciones.

Y Cánovas es de los que dejan sentir su influencia hasta desde la fosa. Semejante a aquellos vampiros de las leyendas que se levantaban por la noche de la tumba, para chupar la sangre a los vivos, el grande hombre de la restauración aún no ha muerto y viene de vez en cuando a hacernos caricias: Angiolillo le asesinó de mentirijillas.

En el conflicto con los Estados Unidos, obscuro callejón sin salida, sentimos la influencia de su genio maléfico.

Y cuando nuestros marinos, por fin, realizan un acto heroico, los tiburones, coleando en torno del *destroyer* que se hunde repleto de carne española, dedican un cariñoso recuerdo al monstruo y murmuran entre la triple fila de dientes:

—Gracias, colega.